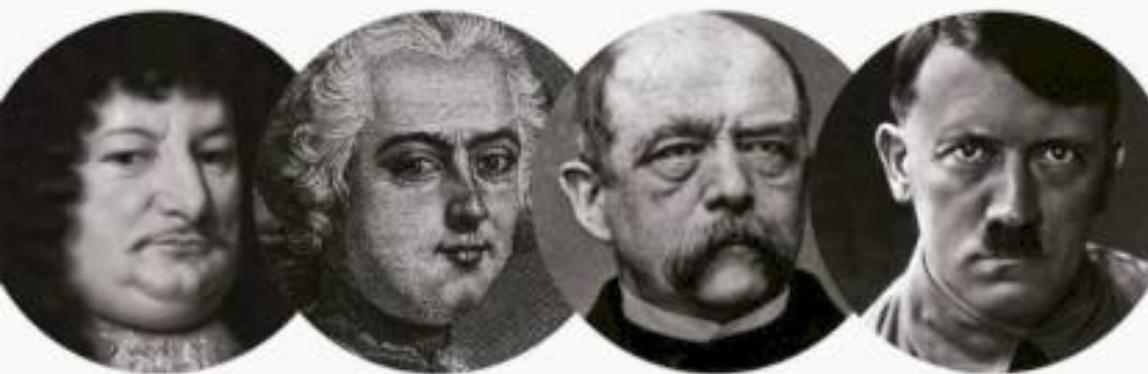


Christopher Clark

TIEMPO Y PODER



VISIONES DE LA HISTORIA

Desde la guerra de los Treinta Años
al Tercer Reich

© Nina Lübbren

Christopher Clark es catedrático de Historia en la Universidad de Cambridge. Es autor del bestseller *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914* (Galaxia Gutenberg, 2014) y de otros libros, entre ellos *Kaiser Wilhelm II: A Life in Power* (2000) y *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1947* (2006). Vive en Cambridge, Reino Unido.

Este libro pionero plantea nuevos puntos de vista acerca de cómo las distintas nociones del tiempo condicionan el ejercicio del poder. El aclamado historiador Christopher Clark se sirve de cuatro figuras clave de la historia de Alemania –Federico Guillermo de Brandeburgo-Prusia, Federico el Grande, Otto von Bismarck y Adolf Hitler– para observar la historia a través de una lupa temporal y preguntarse si los actores históricos y sus regímenes encarnan conceptos singulares del tiempo.

Clark muestra que Federico Guillermo rechazaba el concepto de continuidad con el pasado y por el contrario creía que un soberano debía liberar al Estado de los enredos de la tradición para poder elegir libremente entre distintos futuros posibles. Expone que Federico el Grande abandonó ese paradigma en aras de una visión neoclásica de la historia donde el soberano y el Estado trascienden por completo el tiempo, y que Bismarck estaba convencido de que el deber de un estadista consistía en preservar la permanencia intemporal del Estado en medio del torrente de cambios históricos. Señala que Hitler no aspiraba a revolucionar la historia como Stalin y Mussolini, sino que pretendía eludirla del todo, haciendo hincapié en los arquetipos raciales intemporales y en un futuro pronosticado de forma profética.

Tiempo y poder, un libro innovador y elegantemente escrito, lleva al lector desde la guerra de los Treinta Años hasta la caída del Tercer Reich, poniendo de manifiesto la relación entre el poder político y las temporalidades peculiares de los dirigentes que lo ejercen.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Time and Power. Visions of History in German Politics, from the Thirty Years' War to the Third Reich*

Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2019

© Christopher Clark, 2019

Reservados todos los derechos

© de la traducción: Alejandro Pradera, 2019

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: María García

ISBN: 978-84-17971-18-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Kate y Justin Clark, hermanos para todas las estaciones

Índice

Agradecimientos

Introducción

- El giro temporal de la historia
- La modernización del tiempo
- El poder y el tiempo

1. La máquina de la historia

- Una monarquía compuesta en una época de guerras
- El príncipe contra los Estados
- Formas de historicidad
- ¿Una dinámica confesional?
- El Elector entra en la historia
- Conclusión

2. El rey historiador

- ¿Por qué un rey tendría que escribir historia?
- La historicidad de Federico
- Hegemonía sin conflicto
- Tiempos de decisión
- La suspensión del tiempo
- Conclusión

3. Barquero en el río del tiempo

- El jugador de ajedrez
- El significado de 1848
- El cambio permanente de la política
- Apoteosis del momento
- El Estado monárquico y el significado de la historia
- 1918 y el fin de la historia

4. El tiempo de los nazis

- Museos de la revolución
- Contrastes totalitarios
- La cercanía del pasado remoto
- El triunfo de la profecía sobre la contingencia
- Conclusiones

Conclusión y epílogo

Notas

Agradecimientos

En teoría, el colectivo de personas con las que uno está intelectualmente en deuda debería ir disminuyendo con cada nuevo libro, a medida que uno se va haciendo mayor y más independiente. En mi experiencia se da el caso contrario. A medida que voy haciéndome mayor, cada vez soy menos tímido a la hora de pedir ayuda, y me adentro más y más por terrenos donde dependo de la guía de otras personas. Me habría sido imposible escribir este libro sin el aliento, la conversación y los consejos de muchos amigos y colegas. Quisiera dar especialmente las gracias a las siguientes personas, que leyeron todo el manuscrito o parte de él y me ofrecieron sus detallados comentarios y sus estimulantes sugerencias: Deborah Baker, David Barclay, Peter Burke, Marcus Colla, Amitav Ghosh, Oliver Haardt, Charlotte Johann, Duncan Kelly, Jürgen Luh, Annika Seemann, John Thompson, Adam Tooze, Alexandra Walsham y Waseem Yaqoob. En su calidad de revisores para Princeton University Press, François Hartog, Jürgen Osterhammel y Andy Rabinbach, a los que yo aún no conocía, hicieron algunos comentarios sumamente útiles al manuscrito. Nora Berend, Francisco de Bethencourt, Tim Blanning, Annabel Brett, Matthew Champion, Kate Clark, Allegra Fryxell, Alexander Geppert, Beatrice de Graaf, Paul Hartle, Ulrich Herbert, Shrutí Kapila, Hans-Christof Kraus, Jonathan Lamb, Rose Melikan, Bridget Orr, Anna Ross, Kevin Rudd, Magnus Ryan, Martin Sabrow y Quentin Skinner me dieron valiosísimos consejos sobre temas específicos o sobre algunos pasajes

concretos del texto. Los escritos y las ideas de Nina Lübbren sobre el tiempo y la narración en el arte han influido en este libro en muchos aspectos. Josef y Alexander, antaño alegres distracciones en el oficio de escribir han crecido y se han convertido en reflexivos interlocutores cuyas ideas me dieron el pequeño empujón que yo necesitaba para superar distintos cuellos de botella. Kristina Spohr leyó y comentó el texto en muchas etapas de su evolución, y apoyó al autor con sus críticas, sus consejos y su compañerismo.

El Departamento de Historia de la Universidad de Princeton me brindó la oportunidad de desarrollar las ideas que se exploran en este libro al invitarme a presentar las Conferencias Lawrence Stone en abril de 2015, y quisiera darle las gracias a Brigitta van Rheinberg, de Princeton University Press, por haber alentado este proyecto desde sus comienzos, y a Brigitte Pelner, Amanda Peery y Joseph Dahm por su ayuda en la preparación del texto para su publicación. Quisiera expresar mi agradecimiento a mis colegas de la Facultad de Historia de la Universidad de Cambridge y del St. Catharine's College, y a uno en particular, sir Christopher Bayly, que falleció en abril de 2015. Aún hoy, siempre que entro en el patio principal de St. Catharine por la tarde, miro hacia la ventana de C3, por si se diera la remota posibilidad de ver a Chris en mangas de camisa, apoyado en el alféizar de la ventana invitándome a tomar una copa. Las conversaciones que se producían a continuación siempre me llevaban hasta lugares inesperados.

El tiempo es un asunto esquivo pero también ineludible, sobre todo ahora que la relación entre pasado, presente y futuro se ha convertido en una preocupación tan crucial en el ámbito de la política y del discurso público. En épocas de cambio, las cosas más duraderas adquieren mayor valor, y por ello dedico este libro a mi hermana Kate y a mi hermano Justin, que han estado ahí (casi) desde el principio.

Introducción

Al igual que la gravedad curva la luz, el poder curva el tiempo. Este libro habla de lo que ocurre cuando la conciencia del tiempo converge a través de la lente de una estructura de poder. Se adentra en las modalidades de historicidad que hacen suyas y formulan quienes ejercen el poder político. Por «historicidad» no entiendo una doctrina o una teoría sobre el significado de la historia, ni tampoco una modalidad de praxis historiográfica. Más bien utilizo el término en el sentido desarrollado por François Hartog para denotar un conjunto de presupuestos sobre cómo se interrelacionan el pasado, el presente y el futuro.¹ Dichos presupuestos pueden encontrar una expresión retórica explícita o pueden formularse a través de las opciones culturales, los rituales públicos o el despliegue de argumentos o de metáforas y de otro tipo de lenguajes figurativos que implican una «forma de percepción estructurada temporalmente», sin utilizar abiertamente categorías temporales.² Pueden estar implícitos en la forma de los argumentos desplegados para justificar la acción política, o para razonar en contra de ella.³ Sean cuales sean las formas que asuman, las historicidades características de las culturas o los regímenes se distinguen por sus «interpretaciones específicas de lo que es relevante desde el punto de vista temporal».⁴ De ello se deriva que la configuración de esa relación a su vez da lugar a un sentido del tiempo que posee una forma o una visión del tiempo intuida, que depende de qué partes del pasado se sienten como más cercanas e íntimamen-

te relacionadas con el presente, y qué partes se perciben como extrañas y remotas.⁵

Este libro se centra en cuatro momentos. Comienza con la lucha entre Federico Guillermo de Brandemburgo-Prusia (1620-1688), también conocido como el Gran Elector, y sus Estados provinciales tras el final de la guerra de los Treinta Años, examina cómo dichas disputas invocaban temporalidades marcadamente antagónicas, y sigue el rastro de sus consecuencias en la emergente historiografía de Brandemburgo-Prusia. Yo argumento que el reinado del Elector se caracterizó por la conciencia del presente como un inestable umbral entre un pasado catastrófico y un futuro incierto, donde una de las principales preocupaciones del soberano era liberar al Estado de los enredos de la tradición para poder elegir libremente entre distintos futuros posibles.

El segundo capítulo se centra en los escritos de historia de Federico II, el único monarca prusiano que escribió una historia de sus propios territorios. En él se argumenta que el rey se apartó conscientemente de la conflictiva visión del Estado que imperaba en la corte de su bisabuelo, el Gran Elector, y que ese distanciamiento reflejaba tanto la nueva constelación del poder social que sustentaba el trono prusiano como la idiosincrática forma que tenía Federico de entender su propio lugar en la historia. En vez de la historicidad proyectada hacia adelante del Gran Elector, yo sugiero que Federico imaginaba, tras la firma de la Paz de Westfalia, una situación de inmutabilidad que asumía una temporalidad neoclásica, un estado invariable, donde predominaban los motivos de la intemporalidad y de la repetición cíclica, y donde el Estado ya no era un motor del cambio histórico, sino un hecho históricamente inespecífico y una necesidad lógica.

El capítulo 3 es un estudio de la historicidad de Bismarck tal y como él la formuló en sus argumentos, su retórica y sus técnicas políticas. Para Bismarck, el estadista era el responsable de tomar decisiones, arrastrado hacia adelante

por el torrente de la historia, y cuya tarea consistía en gestionar la interacción entre las fuerzas desencadenadas por las revoluciones de 1848, al tiempo que defendía y protegía las estructuras y las prerrogativas privilegiadas del Estado monárquico, sin las que la historia amenazaba con degenerar en simple tumulto. En ese capítulo argumentó que la historicidad de Bismarck se debatía entre su compromiso con la persistencia atemporal del Estado y el ajetreo y los cambios de la política y la vida pública. El derrumbe en 1918 del sistema que creó Bismarck trajo consigo una crisis de la conciencia histórica, dado que destruyó una modalidad de poder estatal que se había convertido en el punto focal y en el garante del pensamiento y la conciencia históricos.



Figura 1.1. Federico Guillermo, el Gran Elector, grabado de Pieter de Jode a partir de un retrato de Anselmus van Hulle.

Fuente: Anselmus van Hulle, *Les hommes illustres qui ont vécu dans le XVII. siècle...* (Ámsterdam, 1717).

El capítulo 4 argumenta que entre los herederos de dicha crisis estaban los nacionalsocialistas, que iniciaron una ruptura radical con la idea misma de la historia como una incesante «iteración de lo nuevo». Mientras que la historicidad de Bismarck se basaba en el presupuesto de que la historia era una secuencia estructurada compleja, que se precipitaba hacia adelante, de situaciones siempre nuevas y no preordenadas, los nazis sentaban los cimientos de las

aspiraciones más radicales de su régimen en una profunda identidad entre el presente, un pasado remoto y un futuro remoto. El resultado fue una modalidad de historicidad del régimen que carecía de precedentes en Prusia-Alemania, pero que además era bastante diferente de los experimentos temporales totalitarios de los sistemas fascista italiano y comunista soviético.

Así pues, el objetivo de este libro es invertir el proyecto planteado en el libro *Régimes d'historicité* de François Hartog, y explorar en cambio la historicidad de una reducida selección de regímenes. Esa tarea puede llevarse a cabo por el procedimiento de examinar el modo en que las estructuras oficiales del Estado –los ministerios, los mandos militares, las cortes electorales y reales y las burocracias– gestionaban el tiempo, se posicionaban en la historia, e imaginaban el futuro, aunque ello suscitaría preguntas sobre si es posible asumir que el término «Estado» denota algo que estuvo presente de forma continua en el mismo sentido a lo largo del periodo que abarca este libro. Yo he elegido un enfoque distinto. Me interesa la forma en que quienes ejercían el poder justificaban su comportamiento con argumentos y conductas que tuvieran un cuño temporal específico. La forma en que aquellos que configuraban el poder se relacionaban con las estructuras formales del gobierno variaba de un caso a otro. El Gran Elector ostentaba el poder desde el seno de una estructura ejecutiva que él mismo fue reuniendo a su alrededor, poco a poco y de una forma bastante improvisada, durante su largo gobierno. El reinado de Federico II se caracterizó por una drástica personalización del poder y por un cierto distanciamiento entre el monarca y muchas de las estructuras donde residía formalmente la autoridad del Estado. Bismarck se situó en el turbulento espacio que existía entre el ejecutivo de la monarquía prusiano-alemana y las imprevisibles fuerzas que operaban en una esfera pública posrevolucionaria. Y la cohorte de dirigentes nacionalsocialistas fue la némesis

de la estructura del Estado burocrático: en el núcleo de la historicidad nazi había un vehemente desmentido del Estado como vehículo y meta de los denudados de la historia.

EL GIRO TEMPORAL DE LA HISTORIA

El tiempo –o más exactamente, los distintos órdenes del tiempo– no es un tema nuevo en los estudios de historia. Hoy es un lugar común decir que el tiempo no es una sustancia neutra, universal en cuyo vacío se desarrolla una cosa llamada «historia», sino una construcción cultural contingente, cuya forma, estructura y textura han ido variando. Esta constatación ha dado lugar a lo largo de los últimos quince años a un campo de investigación tan animado y diverso que cabría hablar de un «giro temporal» en los estudios de historia, de un cambio en las sensibilidades comparable a los giros lingüísticos y culturales de las décadas de 1980 y 1990, de uno de esos cambios de pauta de la atención con los que periódicamente se renueva la disciplina de la historia.⁶

El giro temporal en los estudios históricos de hoy en día puede enumerar unos distinguidos antecedentes filosóficos y teóricos. En su tesis doctoral de 1889, el filósofo francés Henri Bergson argumentaba que el tiempo como dimensión de la conciencia humana era no homogéneo y «cualitativamente múltiple»; en su obra *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), Émile Durkheim sentaba las bases de una sociología del tiempo como algo experimentado colectivamente y construido socialmente; en su obra *Los marcos sociales de la memoria* (1925), Maurice Halbwachs aplicaba las ideas de Durkheim a la producción social de la memoria; dos años después, *El ser y el tiempo*, de Martin Heidegger, proponía que «la constitución existencial y ontológica de la totalidad de la conciencia humana [Dasein]» estaba «basada en la temporalidad»; y a partir de la Segun-